

# Colección Pedagógica Universitaria

No. 40  
julio-diciembre 2003

## La cultura escolar en la sociedad neoliberal

Pérez Gómez, Ángel, Madrid, Morata, 2000.

Ana Ester Eguinoa  
Instituto de Investigaciones  
en Educación  
Universidad Veracruzana

Hacer la presentación del texto de Ángel Pérez Gómez no resulta tarea fácil, especialmente por dos situaciones: a) la autoridad académica que él representa, y b) la importancia del texto mismo; importancia avalada por una primera edición en 1988 y dos reimpressiones en 1999 y 2000.

Me atrevo a pensar que, sin ser Pérez Gómez un teórico de la lectura, emplea recursos de este campo, ya que desde las primeras páginas atrapa al lector, al expresar que su texto tiene como finalidad “ofrecer instrumentos teóricos, líneas de análisis que faciliten la indagación y la comprensión de la complejidad de fenómenos explícitos y latentes que configuran la rica vida del aula y de la escuela” (p. 18). Poco a poco y con hilos muy sutiles, nos introduce en el discurso pedagógico a partir de un entramado de conceptos y puntos clave. Entre ellos, al definir la escuela como “un espacio ecológico de cruce de culturas cuya responsabilidad específica la distingue de otras instituciones o instancias de socialización y le

confiere su propia identidad y su relativa autonomía” (p. 17). Así, los términos cultura y cruce de culturas recorren todo el texto. A lo largo de cinco capítulos —denominados Cultura crítica, Cultura social, Cultura institucional, Cultura experiencial, Cultura académica—, indica:

En el presente trabajo me propongo analizar detenidamente los distintos aspectos que componen cada una de éstas culturas que interactúan en el espacio escolar y cuyo conocimiento puede ayudarnos a clarificar el conjunto de factores plurales que condicionan los procesos de enseñanza-aprendizaje y que frecuentemente se han incluido en el socorrido concepto paraguas denominado: *curriculum oculto*.

Las reflexiones que organizan cada capítulo ponen el acento al señalar la situación actual de la escuela en la sociedad posmoderna. De allí que las ideas centrales que maneja estén propuestas, una y otra vez, en contextos diferentes y a propósito de desarrollos argumentales distintos. Distintos en cuanto a las opciones teóricas que están entrelazadas en el texto (constructivismo, antropología, psicoanálisis, literatura, etc.), como discursos que van otorgándole cohesión y coherencia.

La línea argumental se va organizando con base en oposiciones: modernidad—posmodernidad (rasgos

que las definen, sus efectos perversos en la educación, en la escuela, el maestro y el alumno); escuela como reproducción—escuela como recreación; enseñanza pública—enseñanza privada; función del docente—reconstrucción de la práctica docente; aislamiento—autonomía; burocratización—colaboración; saturación—responsabilidad en las tareas; ansiedad—creatividad; para, en última instancia, ir dando las pautas que permitan encontrar nuevas formas de intercambio y nuevos escenarios de interacción. Argumentos que le permiten no sólo hacer referencia a la democracia y a la democracia en la escuela, como forma de conjugar la tristeza y la esperanza por “una escuela mejor para una vida mejor”. Con relación a las ofertas culturales que le ofrece a la escuela la sociedad moderna, ésta, o bien puede liberar al ser humano o bien puede agudizar el individualismo, la incertidumbre, la inseguridad, la soledad. Frente a esta condición de desamparo que vive el hombre, la escuela y todos aquellos comprometidos con la enseñanza están obligados a:

repensar el sentido y el modo de nuestro quehacer que, sin duda, se encuentra inevitablemente mediado por la omnipresente influencia de la opinión pública en la formación del pensamiento, sentimientos y actitudes de los individuos. (p. 102)

Es decir, una escuela que forme al hombre para vivir en esta aldea global, en este mundo insospechado de las nuevas tecnologías, la ciencia y la comunicación mediática.

Leer su libro me resultó muy placentero. Me fue introduciendo en un intrincado laberinto de conceptos articulados, de entre los cuales quiero hacer referencia a la manera en que analiza los de maestro y alumno, estos dos actores sociales, estos dos personajes que va indagando a lo largo del texto como personas, como sujetos con todas sus realidades y problemáticas. Quiero rescatar, con sus propias palabras, la manera de reconstruir el ser del maestro, de estos maestros que cada día se sienten más inseguros, indefensos, amenazados por la evolución acelerada de la sociedad a la que no pueden o no saben responder. Maestros cuyas “reacciones son ineficaces, se caracterizan por la pasividad, la inercia o el regreso a comportamientos gregarios, conservadores y obsoletos que priman el aislamiento o el autoritarismo” (p. 160). Maestros que, de forma latente o manifiesta, determinan, bajo esta óptica, las interacciones con sus colegas y/o sus estudiantes. Frente a esta imagen desvalorizada, individualista y conservadora del docente, nos ofrece otro camino, otra ruta de acceso. La de la formación, de la autorreflexión, de la

libertad, de la política; en una palabra, del placer. Como expresa el autor, el maestro

tiene que recomponer y reconstruir su rol profesional al mismo tiempo que se incrementan las exigencias exteriores y se tornan más urgentes. Incremento de responsabilidades y cambios de roles y funciones se mezclan en una preocupante convergencia para argumentar la confusión y el estrés. (p. 175)

Por ello, es el propio docente quien debe convertirse y concebirse como un intelectual, un artista, y desarrollar, en el más amplio sentido de la palabra, tanto su sabiduría experiencial como su creatividad para afrontar todas y cada una de las situaciones “únicas, ambiguas, inciertas y conflictivas” que constituyen la vida del aula y de la escuela. Así, la actividad profesional del docente es, en términos del autor, un proceso

de acción y de reflexión cooperativa, de indagación y experimentación, donde el profesor aprende al enseñar, y enseña porque aprende, interviene para facilitar y no imponer ni sustituir la comprensión de los alumnos y al reflexionar sobre su intervención ejerce y desarrolla su propia comprensión [...] la cultura de los docentes [...] es objeto de reconstrucción cuando los docentes conciben su práctica como un proceso de interminable reflexión y acción compartida.

Por su parte, concibe a la práctica docente como:

un proceso permanente de aprendizaje, experimentación, comunicación y reflexión compartida, no sólo permite afrontar las incertidumbres de nuestra época con menor ansiedad, sino que facilita la elaboración de proyectos e iniciativas que provocan la satisfacción de estudiantes y docentes al gozar de la aventura del conocimiento, al disfrutar de la belleza de la cultura y al comprobar las posibilidades de autodesarrollo creador. (p. 179)

De allí que para mejorar la práctica —entendida como actividad ética—, le exige al maestro un proceso de reflexión compartida “en la acción y sobre la acción”. En este caso, quiero rescatar dos figuras metafóricas que emplea para expresar lo que es el maestro: a) un portero que abre al alumno el camino de la cultura, del paraíso del saber y, asimismo, permite el flujo “plural de la diversidad de representaciones ideológicas, culturales y científicas” (p. 296); b) un *animador cultural*, en la medida en que le exige un compromiso y amor por “la cultura crítica” para establecer una relación creadora “en los ámbitos fundamentales del saber y del hacer, ya que difícilmente podrá contribuir a crear un clima de convivencia y recreación cultural en la escuela donde los individuos aprendan sumergidos en un interesante proceso de enculturación

secundario y superior” (p. 297). Maestros no sólo reflexivos, sino maestros que deben vivir la aventura del conocimiento y del saber no de forma individual sino de manera comunicativa y reflexiva, para provocar en las nuevas generaciones el amor por éste y el respeto a la diversidad y a la creación.

De todas maneras, ofrece rutas de salida para construir nuevos marcos interculturales que permitan la integración de valores, de ideas, de tradiciones, de costumbres, dando lugar al pensamiento flexible y creador. No quiero profundizar sobre todos y cada uno de los temas que hablan sobre el maestro para darles la oportunidad a los posibles lectores de que, desde su propia trinchera, puedan pensar, deconstruir y reconstruir el texto y, por qué no, su actuación. Lo que, asimismo, les permitirá, en alguna medida, no sólo afrontar las exigencias actuales en un contexto tan complejo y cambiante sino, sobre todo, definir hacia dónde van y, muy especialmente, cómo hacerlo, ya que “el aula, la escuela, la comunidad y el mercado son, los escenarios en los que se desarrolla la compleja vida laboral del docente en las sociedades posmodernas” (p. 164).

Por otra parte, quiero hacer referencia al lugar que le otorga al otro sujeto comprometido en el acto pedagógico: el alumno, cuya cultura se encuentra mediada por la del maestro y, al igual

que aquél, su vida es un reflejo de distintos escenarios que se intersectan con su experiencia biográfica. Comprender al estudiante es identificar, a lo largo del proceso evolutivo, la construcción de los significados, los esquemas de pensamiento, los sentimientos que conducen a determinadas formas de actuación que, como plantea el autor, por razones metodológicas son analizados desde dos polos: a) el desarrollo de la subjetividad, y b) los procesos de socialización. Así, en el capítulo cinco, centra la atención en el desarrollo de los procesos lingüísticos, la construcción de los procesos de simbolización, de los tipos de código, la escritura y la lectura, los escenarios, etc. y, apoyándose en autores como Chomsky, Gardner, Pierce, Goodman, Berstein, hace una descripción muy profunda del ser del alumno; especialmente, de la cultura que rodea al niño y a la escuela y que, como expresábamos anteriormente, determina la diferencia. Aquí quiero hacer resaltar su análisis sobre el espacio que se le otorga, al interior de la escuela, a los más desprotegidos –las minorías–, quienes sufren y viven en su interior la desigualdad, la discriminación, el desamparo, la soledad y la exclusión, en la medida en que la sociedad, en primer término, y la escuela –como reflejo de aquella y a través del maestro– agudizan la estratificación en función de la clase, el sexo, la raza y la cultura. De

modo que estos grupos o minorías (...) han de buscar vías alternativas y subterfugios más allá de las posibilidades del sistema para defender sus posiciones, derechos y esperanzas (p. 95).

El texto sugiere numerosas lecturas. Puedo decir que se trata de un texto coral en el que se escuchan distintas voces que pueden ser reconocidas por otros actores sociales con oído afinado. El desafío para el autor ha consistido en elegir esas voces, transcribiendo aquellas que mejor interpretan sus ideas. El resultado final de la ejecución es que responde a esa visión personal que requiere ser completada, necesariamente, con la propia voz del lector. Pero, me atrevería a decir, no de cualquier lector, sino de un lector especializado en el que la lectura pueda generar una tensión dialéctica entre la teoría, la práctica y la experiencia. Tensión necesaria para el aprendizaje crítico.

Son estos, a grandes trazos, los caminos por los que invita al lector a internarse para emprender la aventura del descubrimiento, de la reflexión y del placer. Aventura que, a su vez, puede ser compartida por padres, maestros, autoridades, dirigentes. En conjunto, todos ellos son los receptores obligados de éste mensaje viviente para que, con su orientación, puedan comunicar de lo que es capaz el ser humano para

transformar la realidad de la escuela. Asimismo, proporciona a todos los interesados en la educación una dirección histórica, cultural, política; es decir, a todos aquellos que aún se atreven a tener esperanzas de una escuela democrática y de un futuro mejor.